

ALDEA DE TULOR

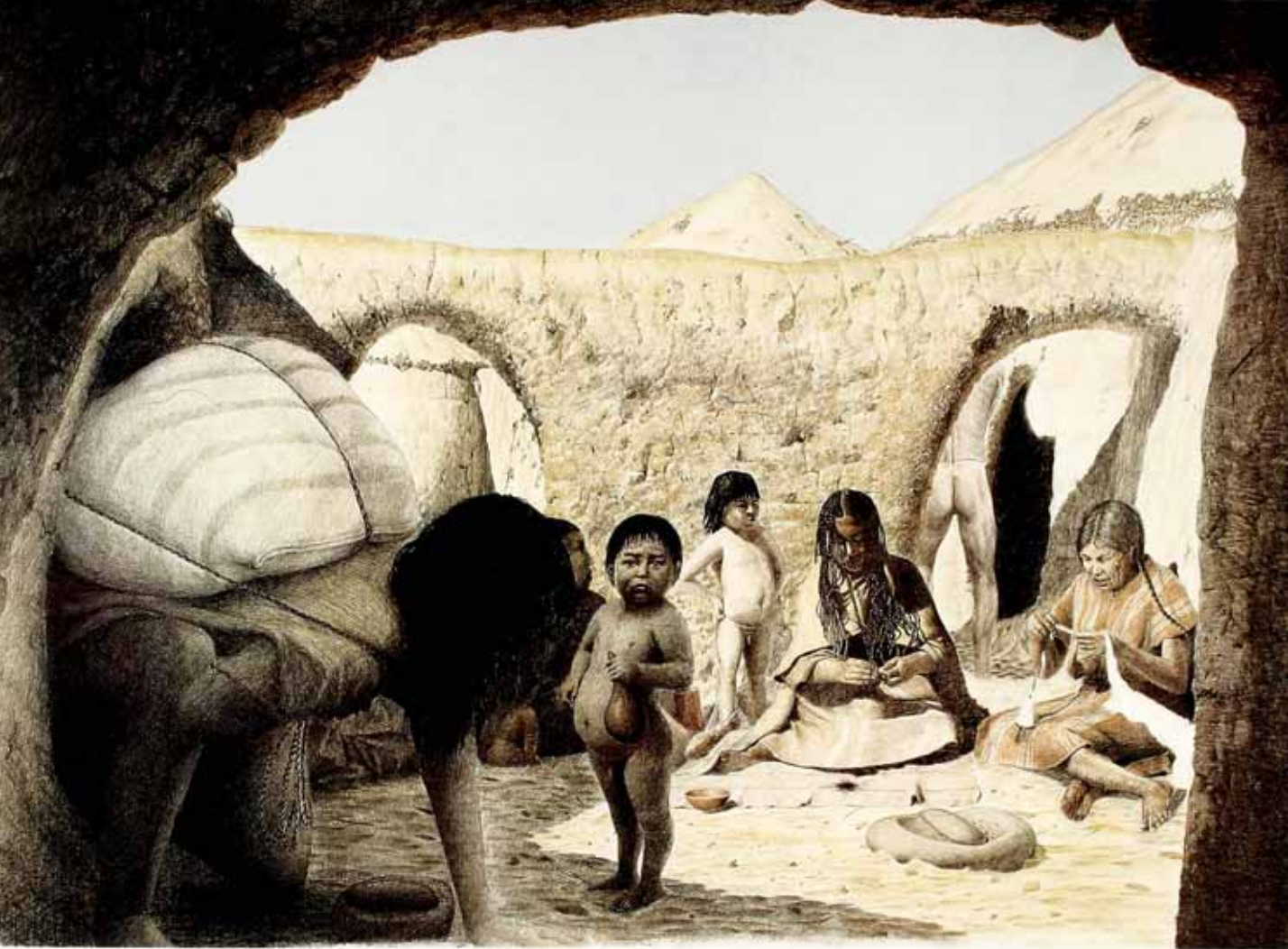
SAN PEDRO DE ATACAMA

(ca. 400 a.C.-400 d.C.)

Hace algunas décadas, el Padre Gustavo Le Paige descubrió, en el **ayllu** de Tolor del Salar de Atacama, círculos de barro apisonados que interpretó como cimientos de habitaciones circulares. Años después, los arqueólogos que acometieron la excavación de este sitio, verificaron que los pretendidos cimientos eran los extremos superiores de muros de altos recintos con paredes convergentes, a modo de colmenas. La aldea, hecha de adobones de barro, presentaba una intrincada topografía de estructuras de planta circular unidas por muros, a manera de laberinto y protegidas por un gran muro de circunvalación. Una duna activa, empujada por los fuertes vientos, había tapado por completo la aldea, dejando sólo al descubierto algunos de los muros superiores de dichas estructuras. Los fechados de materiales culturales dieron a esta aldea una edad correspondiente a la época comprendida entre los siglos IV a.C. y IV d.C.

En esta época, las gentes de Tolor habían experimentado importantes cambios adaptativos a este asentamiento de oasis, sedentario, estable y nucleado. El incremento de actividades agrícolas probablemente había contribuido al aumento de la población que se dedicaba también a la elaboración de tejidos, cestería y metalurgia, además de las actividades de recolección de frutos de los abundantes bosques de algarrobo y chañar, característicos de esta región.

La aldea de Tolor ha planteado a los arqueólogos el difícil problema de la conservación de restos arquitectónicos de barro. Por una parte, razones de investigación, de difusión y turismo dan pie para hacer una excavación intensiva y extensiva, que revele la verdadera magnitud de esta extraordinaria aldea y la exponga a la vista y admiración de los visitantes. Por otra, existe el peligro de que al excavar la aldea, ésta quede sometida a los fuertes vientos que pueden erosionar las estructuras y al deterioro eventual que puedan ocasionar sus visitantes.





Este dibujo pertenece a un grupo de tres realizados en 1985 para la exposición "Tesoros de San Pedro de Atacama". La idea fue representar a los habitantes de los oasis del Salar de Atacama en sus asentamientos, de los cuales se conservan vestigios de gran interés.

Tuve la oportunidad de asistir a la excavación de la aldea prehispanica de Tulo, por parte de la arqueóloga Ana María Barón y su equipo. Estar en medio de ese laberinto de barro constituye una experiencia extraña y me produjo una impresión duradera. Son espacios por completo ajenos a nuestra concepción cultural de habitar: recintos pequeños, suaves y redondos con aberturas circulares que se comunican con otros espacios igualmente pequeños y circulares, en una sucesión que parece caótica, sin espacios

definidos de circulación, habitación y almacenamiento. Representar este enjambre espacial se me planteó como un problema, ya que la complejidad del trazado aldeano sólo se podía vislumbrar en una vista de altura, cosa difícil de lograr para un habitante de



Mujer quechua hilando.



Esquema isométrico del sector excavado.

las pampas de Tulo. Por otra parte, si quería que la ilustración reflejara una visión interna de la aldea, me era difícil dar la idea del conjunto.

Para los techos me basé en la interpretación de Ana María Barón, quien suponía que eran cónicos. Años después, se encontró un recinto con el techo colapsado que confirmaba esta hipótesis. Afortunadamente, pues, el dato entregado es el correcto: un poco más de certeza en nuestra brumosa visión del pasado.

Uno de los recintos excavados.





Planta y reconstrucción de Tulo,
según E. Núñez

El aspecto general de estas construcciones es parecido a las actuales estructuras circulares y cónicas de los **uro cipaya**, en el lago Poopó, altiplano boliviano. Este dato me sugirió emplear varios rasgos etnográficos de este grupo étnico, como las mujeres hilando y el hombre que carga un costal, para ilustrar la escena interior de Tulo. En ella, el único que se ha dado cuenta de nuestra presencia intrusa es el niño que sostiene la calabaza, que nos mira con curiosidad semejante a la nuestra.



Boceto de un interior
reconstruido según datos
arqueológicos.



Niño aymara



Boceto preliminar
del dibujo



Grupo de mujeres uro cipaya.